

Dr. James S. Spiegel, Ética cristiana, Sesión 7, Teoría del mandato divino

© 2024 Jim Spiegel y Ted Hildebrandt

el Dr. James S. Spiegel en su enseñanza sobre la ética cristiana. Esta es la sesión 7, Teoría del mandato divino.

Bien, después de haber examinado las principales teorías morales, el utilitarismo, la ética kantiana, la ética de la virtud y la teoría del contrato social, pasemos ahora a enfoques más religiosos o teológicos de la ética, comenzando con la Teoría del mandato divino.

Y a partir de ahí, hablaremos de la ética de la ley natural. La teoría del mandato divino, en pocas palabras, es la opinión de que determinadas acciones son correctas o incorrectas simplemente porque Dios así lo dice. Dios ha emitido todo tipo de mandatos en las Escrituras.

Algunos de estos mandamientos son muy generales, como amar al Señor tu Dios con todo tu corazón, mente, alma y fuerza, y amar a tu prójimo como a ti mismo. Otros son mandamientos muy específicos, como las diversas exhortaciones que encontramos en las epístolas paulinas y otros libros bíblicos. En el libro de Levítico, encontramos todo tipo de casos que explican situaciones muy específicas que podrían involucrar mohos o emisiones corporales y qué hacer en esas circunstancias particulares.

Hay decenas, si no cientos, de estos mandamientos. Así, desde los principios morales más abstractos y generales hasta los mandamientos particulares muy concretos sobre situaciones específicas, las Escrituras están llenas de mandamientos. La importancia de los mandamientos divinos, cuando se trata simplemente de pensar en la ética y dar sentido a nuestros conceptos de obligación y deber moral, es que estos mandamientos nos vinculan a un determinado estándar.

Se podría decir que los mandatos divinos tienen un efecto vinculante. En la palabra obligación, la raíz del término es *legare*, que significa obligar. Ese término latino significa literalmente obligar.

Cualquiera que tenga una obligación, etimológicamente, se fijaría en eso. Bueno, tiene sentido que tengamos esa asociación con estar obligado de alguna manera. Usamos la frase "obligado por el deber".

No puedo ir contigo al cine esta noche. ¿Por qué? Porque tengo el deber de hacer esto otro. Le dije a mi amigo que le haría este recado o esto o aquello.

Existe un tipo de vínculo que asociamos con una obligación. Los mandatos divinos imponen obligaciones en el sentido de que nos vinculan a cualquier norma que Dios establezca. Esa es una idea básica de la teoría del mandato divino.

Dios da órdenes , y, precisamente porque Dios ha dado esas órdenes, estamos obligados a obedecerlas. Ahora bien, esta es una teoría popular entre los cristianos, y creo que es aún más clara en el hecho de que cuando se les pregunta a los cristianos cuál es su opinión sobre un tema en particular, algún tema moral, incluso si no se consideran teóricos del mandato divino, el hecho de que su primer impulso sea acudir a las Escrituras y ver lo que Dios dice sobre ese tema en particular. O ¿qué hay en las Escrituras que pueda aplicarse a ese tema, ya sea el aborto, la eutanasia, la pena de muerte, la legalización de las drogas o lo que sea?

Vamos a las Escrituras y vemos lo que Dios nos ha ordenado hacer. Él nos dice cómo debemos vivir nuestras vidas. Consultaremos eso y entonces sabremos cuál es el curso de acción correcto.

Bueno, durante mucho tiempo, los escépticos, los escépticos religiosos, los ateos y los agnósticos han rechazado la teoría del mandato divino utilizando un argumento que nos dio Platón, en realidad Sócrates, en uno de los diálogos de Platón, el Eutifrón. Eso ahora se llama el Dilema de Eutifrón, y si ingresas a cualquier sitio web ateo, en algún momento verás este argumento en contra de la teoría del mandato divino. No necesitas que los ateos sostengan que ustedes, los cristianos, son tan ingenuos y tontos como para pensar que pueden encontrar ética en Dios.

¿No sabes que Sócrates refutó eso hace 2.500 años? Entonces, el dilema de Eutifrón básicamente argumenta que si eres un teórico del mandato divino, estás obligado a elegir entre una de dos opciones diferentes, ambas bastante desagradables. En el contexto del diálogo de Platón, el Eutifrón, esto surge de una conversación entre Sócrates y un individuo que está esperando afuera del salón del Rey Arconte, que es un magistrado que preside las disputas religiosas. Sócrates espera para ver a este magistrado en particular, y Eutifrón y Sócrates comienzan esta conversación. Eutifrón le pregunta por qué está allí.

Le explica que lo han acusado de impiedad, de corromper a la juventud y de inventar dioses falsos, ya que resulta que Sócrates sólo creía en un dios en lugar de en todo el panteón griego. Bueno, ¿qué haces aquí?, le pregunta Sócrates a Eutifrón. Él responde: Bueno, estoy procesando a mi padre por asesinato.

¿Es así? Vaya, ¿tu propio padre? Sí. ¿Qué hizo? Bueno, mató a un sirviente. Bueno, ¿qué había hecho ese sirviente? ¿Hubo algo que hubiera hecho que hiciera que tu padre reaccionara tan fuertemente? Sí, de hecho, había matado a otro sirviente.

Entonces, tienes un esclavo que mató a otro esclavo, y tu padre mató al esclavo que lo asesinó. ¿Cómo sucedió eso? Bueno, lo ató. Iba a buscar a algunas autoridades, a conseguir ayuda, y lo ató y lo arrojó a una zanja, y mientras iba a buscar ayuda, ese sirviente murió.

Entonces, tu padre mató a un asesino y ahora lo estás procesando. Así es. Vaya, eso es impresionante.

En realidad, debes tener un buen sentido de lo correcto, lo justo y lo bueno para atreverte a enjuiciar a tu propio padre por asesinato. La respuesta de Eutifrón es: bueno, de hecho, sí, tengo un buen y agudo sentido del bien y del mal, y sé que estoy en lo cierto. Bueno, ¿podrías ayudarme en esto y decirme, ya que a mí, Sócrates, me persiguen por impiedad, que me vendría bien tu opinión sobre cuál es la diferencia entre lo que es piadoso y lo que no lo es?

¿Podrías definirme qué es la piedad y qué es la bondad? Eutifrón comienza con una definición bastante floja y demasiado específica. Inicialmente define la bondad como el enjuiciamiento del malhechor por su crimen. Bien, estamos buscando algo más general que eso.

Está bien. La mejor definición que se le ocurre es que la bondad o la piedad es lo que todos los dioses aman y lo que todos los dioses odian. Eso es impiedad.

Eso es maldad, error. Ah, vale. Sócrates dice que es definitivamente mejor que tus otras definiciones.

Sólo una cosa más. ¿Podrías responderme a esta pregunta? Seguro. ¿Los dioses aman la piedad porque es buena o es buena porque la aman? ¿Qué? Esa parece una pregunta un tanto trivial.

En realidad, no lo es. Si les encanta porque es bueno, eso demuestra que hay algo más, además del amor de los dioses, que lo hizo bueno. Si es bueno porque es amoroso, si es bueno porque lo aman, entonces la pregunta es, bueno, ¿por qué lo aman? De cualquier manera, estás en un callejón sin salida.

Al final, Eutifrón se marcha, muy irritado, como suele ocurrir con Sócrates y sus entrevistas. Probablemente por eso lo mataron. La gente estaba enfadada con él.

Así pues, podemos adaptar, como muchos lo han hecho, este problema de Eutifrón a un contexto monoteísta, en concreto a uno que tenga que ver con los mandatos divinos. He aquí el problema: ¿Dios ordena algo porque es bueno, o algo es bueno porque Dios lo ordena? Ahora bien, si decimos que Dios ordena X, sea lo que sea, porque es bueno, eso implica que la bondad se define independientemente de la voluntad de Dios.

Y eso desbarata la postura desde el principio. Si se adopta este último punto de vista y se dice que algo es bueno porque Dios lo ordena, entonces se plantea la pregunta: ¿por qué lo ordena Dios? Y eso nos devuelve a la pregunta original. O se podría, como en realidad hacen los musulmanes, adoptar este enfoque. Dirían que Dios pura y simplemente ordena lo que hace.

Él podría haber hecho que cualquier cosa fuera justa si hubiera querido. Podría haber ordenado violaciones, podría haber ordenado torturas, podría haber ordenado abusos a menores, y todas esas cosas habrían estado bien. Pero resulta que ordenó las cosas que hizo.

Y eso nos parece problemático a muchos de nosotros. Un momento, parece que algo está tan mal con esas cosas que el hecho de que Dios las ordene no las haría buenas por sí solas. Entonces, ¿cómo escapamos de este dilema? Parece que cualquiera de las dos opciones es mala.

¿Qué hacemos? El filósofo contemporáneo de la religión Richard Swinburne aborda este problema diciendo que los dos aspectos del dilema se aplican a dos tipos diferentes de verdades morales. Por lo tanto, distingue entre verdades morales necesarias y contingentes. Las verdades morales necesarias son verdaderas en todos los mundos posibles.

Tenían que ser ciertas y no podían ser de otra manera. Sin embargo, las verdades morales contingentes son verdaderas debido a ciertos hechos sobre este mundo. Por lo tanto, según Swinburne, Dios ordena acciones obligatorias necesarias simplemente porque son buenas en sí mismas.

Actúa con justicia, sé veraz, por ejemplo. Pero las acciones contingentes obligatorias son buenas porque Dios ordena específicamente que pagues esa deuda a esa persona.

Debes decirle la verdad a esa persona en particular; estas dependen de las circunstancias de la vida. Por eso, Dios nos ha ordenado que respetemos ciertas reglas en ciertos contextos.

Se trataría de acciones contingentes obligatorias, a diferencia de las que son necesariamente obligatorias y no podrían ser de otra manera. Esa es la manera en que Swinburne aborda el asunto. No soy un gran partidario de eso.

Prefiero mucho más la solución de Aquino. Su manera de abordar este tema es decir que Dios ordena las cosas que ordena no por la naturaleza de las acciones sino por quién es Él. Es su naturaleza la que constituye el estándar de bondad.

Sus mandamientos simplemente aplican su naturaleza, por así decirlo, o nos dicen lo que su naturaleza implica acerca de esa situación o contexto de vida en particular. Por lo tanto, sus mandamientos nos dan a conocer la naturaleza de Dios. De muchas maneras, nos dicen que nos conformemos a la naturaleza de Dios.

Así, cuando dice que no hay que matar, es porque Dios está vivo y es justicia. Cuando nos dice que lo honremos por encima de todas las cosas, no es arbitrario. Es porque la naturaleza de Dios es tal que siempre es correcto y mejor considerarlo a él primero por encima de todas las cosas.

Y así sucesivamente con todos los mandamientos que Dios da. Hay muchas maneras de comunicarnos la naturaleza de Dios. Él es el modelo de bondad.

Así pues, Dios ordena lo que ordena debido a quién es Dios. Por lo tanto, el propósito de los mandamientos bíblicos no es crear ciertas verdades morales. Estas verdades morales son eternas.

El propósito de los mandamientos bíblicos es epistemológico, es decir, informarnos sobre lo que es moralmente verdadero y bueno. Y, por supuesto, todo eso es una consecuencia de quién es Dios y cuál es su naturaleza. Por lo tanto, los mandamientos bíblicos son esencialmente epistemológicos.

No crean verdades morales ni nos informan de lo que nos han dicho algunos de los estándares superiores a Dios. No, nos informan de las implicaciones de la naturaleza divina para nuestros diversos modos de conducta. Ésa es la manera tomista de resolver el dilema de Eutifrón.

Peter Geach, filósofo católico de larga trayectoria, tiene una interesante visión de la ética del mandato divino. Sostiene que no todo el conocimiento moral depende del conocimiento de Dios, porque dice que cualquier supuesta revelación divina debe evaluarse en términos morales, filosóficamente, para que podamos reconocer que se trata de una comunicación plausible de Dios. Aportamos ciertas intuiciones filosóficas y morales a nuestra lectura de las Escrituras, y es por eso que quienes juzgamos que las Escrituras provienen de Dios, las juzgamos así.

Por eso, incluso nuestra evaluación de las Sagradas Escrituras y los estándares morales que tenemos allí son filosóficos, dice. Repito, es un católico devoto. Fue el esposo de GEM Anscombe, el filósofo que desafió a CS Lewis en un capítulo de la primera edición de su libro sobre los milagros que tuvo un efecto tan fuerte en Lewis.

Se lo tomó muy en serio. Era un filósofo de primera, y Geach y Anscombe formaban un gran equipo. De todos modos, la opinión de Geach es que, dado que ciertos conocimientos morales preceden al conocimiento de Dios, algunos conocimientos morales son independientes del conocimiento de Dios.

No soy particularmente comprensivo con eso, pero es un punto de vista importante que encajaría mejor en la tradición de la ley natural. Hablaremos de la ética de la ley natural a continuación. Así pues, la indeseabilidad general de ciertos actos como la mentira, el infanticidio, el adulterio, dice, y cita, es en sí misma una promulgación de la ley divina que prohíbe absolutamente tales prácticas.

Y esto es verdad, dice, incluso si uno no se da cuenta de que se trata de una promulgación de la ley divina, incluso si no cree que hay un Dios, y que, repito, eso es simplemente ética de la ley natural. Que Dios está escrito en nuestros corazones. La ley de Dios, quiero decir, esa es la metáfora del apóstol Pablo en Romanos 2, creo, escrita en nuestros corazones es la ley de Dios.

Incluso sin leer las Escrituras, conocemos lo que es correcto y lo que es incorrecto, y por eso, cuando nos acercamos a ellas, tenemos un cierto marco moral que nos permite evaluar si lo que la Biblia nos dice sobre cómo debemos vivir moralmente es básicamente el camino correcto. Esto se debe a esta conciencia innata de la ley de Dios. Así que la próxima vez hablaremos de la ética de la ley natural, pero esa es la teoría del mandato divino.

Les habla el Dr. James S. Spiegel en su enseñanza sobre la ética cristiana. Esta es la sesión 7, Teoría del mandato divino.